



Al Rvdo. Miguel Ángel ORCASITAS, O.S.A.

Delegado de la Santa Sede para la Orden de San Jerónimo

Querido hermano:

Deseo unirme al gozo de la Orden de San Jerónimo, que es el de toda la Iglesia, en esta celebración del XVI centenario de su muerte. Le ruego que haga llegar mi cercanía a todos los miembros, a todos los monasterios, comunidades religiosas y fraternidades seculares que, esparcidos por el mundo, buscan seguir a Cristo en este camino inspirado por su magisterio.

La obra de san Jerónimo ilumina la Iglesia en múltiples formas, ciertamente desde el estudio bíblico y desde la preciosa intuición de poner al servicio de la evangelización el bagaje humanista de la cultura clásica. Es importante recordar que "Vulgata", el nombre que tradicionalmente recibe su traducción de la Sagrada Escritura, quiere decir para el vulgo, para el pueblo llano; para los cristianos y no cristianos. Eso debe ser para ustedes una interpelación constante, que les indica el valor de san Jerónimo como padre espiritual y maestro en el seguimiento de Jesús. Su amor a la Sagrada Palabra, su obediencia a la Iglesia, su rigor intelectual y ascético no son meras notas hagiográficas, sino actitudes que se integran en un estilo propio conformando la regla

de vida que les dejó en sus cartas. Esa escuela de santidad es un don del Espíritu a la Iglesia que están llamados a custodiar: enseñando a todos a encontrar la Palabra en el silencio, a Dios en lo pequeño, en lo escondido, en esa humilde gruta de Belén donde Jesús quiso nacer para que nosotros lo pudiéramos encontrar.

San Jerónimo dirigió en vida a un pequeño círculo de mujeres que no parecería merecer una significación especial. Sin embargo, al estudio de la Escritura y a la ascesis, sus discípulos supieron unir un intenso compromiso social con los más necesitados, como atestiguan la veneración de los pobres a santa Marcela, a santa Fabiola y a san Pamaquio. De estos discípulos, algunos se consagraron como santa Paula o santa Estoquio, creando verdaderos cenobios en Belén. Otros formaron familias cristianas, como Paulina y el propio san Pamaquio. Todos ellos colaboraron en mayor o menor medida a que la sabiduría de este gran Padre de la Iglesia se divulgara y permaneciera como un tesoro del santo Pueblo de Dios.

Al inicio del siglo pasado, precisamente en coincidencia con el XV centenario de la muerte de san Jerónimo, mi predecesor Benedicto XV regaló a la Iglesia la encíclica *Spiritus Paraclitus* (15 septiembre 1920), de gran importancia para los estudios bíblicos. *San Jerónimo dormía y había que despertarlo...* era una consigna entre ustedes entonces, buscando llevar su mensaje a todos los rincones de la Iglesia, con el resurgimiento de la vida contemplativa masculina y femenina, con la fundación de los

institutos de vida activa, con la apertura a la dimensión laical del espíritu jerónimo.

Estos cien años transcurridos son una lección de vida muy importante. Figuras excepcionales de esa época como el beato Manuel de la Sagrada Familia o las siervas de Dios Cristina de la Cruz, Dolores del Crucificado y María Teresa, O.S.H., se nos presentan como modelos de vida, que nos animan a poner a disposición de la Iglesia nuestros más íntimos talentos y a estar dispuestos a derramar nuestra sangre, a fin de que Cristo sea conocido y amado.

Este es el desafío que me permito proponerles: que sus monasterios y sus casas sean lugares de silencio, abiertos a la escucha, escuelas donde se pueda aprender a Cristo a través de la Sagrada Escritura, de la Liturgia y de la Eucaristía. Para ello, los animo a seguir apostando por una formación rigurosa en todas las etapas de la vida religiosa, por un espíritu de comunión entre sus comunidades, por ese testimonio silencioso de una vida austera y entregada al trabajo y la oración, colma sólo de Dios.

Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

Roma, junto a San Juan de Letrán, 15 de septiembre de 2020.

*Francisco*